

La calle para el miércoles 20 de enero de 2010
Diario de un espectador
Michelle y Barack
por miguel ángel granados chapa

Hoy hace exactamente un año que Barack Obama asumió la Presidencia de los Estados Unidos de América, lo que significa que desde entonces vive en la Casa Blanca con su familia, cuyo centro es su esposa Michelle, que desde la campaña electoral sobresalió por su donaire y ha sabido ser una digna a la par que sencilla primera dama.

Es hora de volver sobre un libro que hemos repasado juntos en esta columna, ahora para hablar precisamente de ella. Leamos las páginas con que termina su libro *Los sueños de mi padre. Una historia de raza y herencia*, escrito por el ahora Presidente de la nación más poderosa del mundo, cuando ya tenía conciencia de que algo sobresaliente habría de protagonizar pero se hallaba todavía lejos de avizorar el grandioso modo en que lo haría. Los nombres y apodos del párrafo siguiente corresponden a los abuelos directos o postizos de Obama:

“Creo que desde ha algunos años he aprendido a ser más paciente, tanto conmigo mismo como con los demás. Si esto es así, es uno de los cambios positivos en mi carácter que atribuyo a mi esposa, Michelle. Ella es natural del lado sur y creció en una de esas viviendas tipo bungalow que tantas horas pase visitando durante mi primer año en Chicago. Muchas veces no sabe qué pensar de mí. Le preocupa que al igual que Gramps y el Viejo, yo también sea un soñador. De hecho, su sentido práctico y forma de ser del Medio oeste me trae con frecuencia a la memoria a Toot. Recuerdo la primera vez que la llevé a Hawai. Gramps me dio un codazo en las costillas mientras me decía que Michelle era toda una belleza. Toot, por el contrario, describió a mi futura esposa como ‘una chica muy sensible’ (lo que Michelle entendió como el mejor cumplido que mi abuela podía dedicarle.

“Después de nuestro compromiso, llevé a Michelle a Kenia para que conociera a mi familia paterna. Su éxito allí fue inmediato, en parte debido a que su vocabulario *luo* rápidamente superó al mío. . Tuvimos una estancia muy agradable en Alego, ayudamos a Auma con un proyecto cinematográfico, escuchamos más anécdotas de Grammy y conocí a otros parientes que no había podido visitar la vez anterior. Para los que no vivían en el campo, la vida en Kenia parecía más dura. La economía había empeorado y, por tanto, era mayor la corrupción y la inseguridad en la calle. El asunto de la herencia del Viejo permanecía sin resolver, y Sara y Kezia seguían sin hablarse. Bernard, Abo y Sayid seguían sin encontrar un empleo fijo, aunque no habían perdido la esperanza (hablaban de aprender a conducir y, quizá, comprar entre los tres una *matatu* de segunda mano. Intentamos ver a George, nuestro hermano menor pero no tuvimos éxito. Y Billy, el primo fuerte y sociable que conocí en Bahía Kendu, había contraído el sida. Cuando lo volví a ver estaba demacrado y siempre propenso a quedarse dormido en medio de cualquier conversación. Me pareció que estaba tranquilo, y creo que se alegró de verme;

me pidió que le enviara alguna fotografía de los viejos tiempos en que apareciéramos los dos. Murió mientras dormía y antes de que pudiera enviársela.

“Ese año también se produjeron otros fallecimientos. El padre de Michelle, el hombre más bueno y honrado que yo jamás había conocido, murió antes de poder llevar a su hija al altar. Gramps falleció pocos meses después, tras una prolongada lucha contra un cáncer de próstata...”